

# KUNG-FU, MECANICISMO Y DIALECTICA

**H**ACE unos años, cuando Hong-Kong empezó a difundir sus películas de karatekas y espadachines (el comienzo del boom se puede situar en 1971, con el extraordinario éxito londinense de «La mano de la muerte», de Won Tien Ling), escribí algún que otro comentario irónico sobre la aparición de un nuevo género de masas, capaz de hacer sombra al sempiterno western, para el que propuse el nombre de spaghetti-eastern: al fin y al cabo, parece ser que los spaghetti son de origen chino (como casi todo), y, según algunos autores, fueron llevados a Italia desde el Japón por el mismísimo Marco Polo. Algunos siglos después, Italia devuelve el favor a los chinos cediéndoles la feliz receta de los spaghetti de celuloide, con su inevitable condimento de salsa de tomate, que los astutos orientales han sustituido con ventaja por miel roja japonesa, mucho más viscosa y repugnante a la hora de imitar la sangre en vías de coagulación.

El paralelismo entre spaghetti-western y spaghetti-eastern es tan obvio que resulta casi innecesario subrayarlo: pericia sobrehumana de los héroes, explotación de lo exótico y lo pintoresco, violencia ininterrumpida, sangre a «gogó», protextualidad e inconsistencia de la trama argumental, abundancia de elementos inverosímiles, estereotipación tebeística... El parentesco es a menudo perceptible incluso a nivel de banda sonora, y la música de algunos easterns deja traslucir la influencia directa del «Morricone Sound».

Lo que tal vez no sea tan fácil de observar es la relación del eastern con otro género de gran aceptación: el cine musical.

Así como en el musical la trama sirve para hilvanar una serie de canciones y números de baile, en el eastern el argumento es poco más que el pretexto coreográfico de una casi ininterrumpida exhibición de karate, kung-fu, tae kwon do, esgrima china y otras artes marciales.

Resulta, por tanto, impropiciente la actitud de algunos comentaristas que se ensañan con este tipo de films en función de su argumento pueril y de su índole evasiva y violenta. Tan impropiciente como lo sería cargarse «Siete novias para siete hermanos», porque es una cinta cursi y reaccionaria: «Siete novias...» es, efectivamente, de una cursilería vomitiva; pero no se puede ignorar el hecho de que contiene algunos números musicales muy buenos que bastan para salvarla de la hoguera.

Claro que el kung-fu o la esgrima china pueden gustar o no. Como puede gustar o no el ballet. Pero lo que no se puede olvidar

es que un tipo de cine basado en la exhibición de un arte (sería más correcto decir de otro arte, además del propiamente cinematográfico), y las artes marciales, como su nombre indica, no lo son menos que el ballet, ha de ser juzgado en gran medida en función de su contenido «artístico». Esto no significa que todos los

confesar que presenciando las virtuosísticas exhibiciones de un Bruce Lee gozo tanto o más que viendo a un Gene Kelly intentando ligar con una Leslie Caron. Y en cuanto a los films de espadachines (que aunque en España son menos conocidos, están alcanzando un éxito similar a los de karatekas), recuerdo con particular

### Carlo Frabetti

easterns se an «artísticamente» buenos desde el punto de vista de las artes marciales. Como tampoco todos los musicales llevan buenas canciones. Pero ensañarse global e indiscriminadamente con este nuevo género es una pura arbitrariedad. Personalmente, no me avergüenzo lo más mínimo de

emoción uno sobre samurais protagonizado por varios sextos Dan de kendo (esgrima japonesa), que, a pesar de su escasa calidad cinematográfica, era una auténtica maravilla en cuanto a «coreografía» y ejecución de los combates a sable. El hecho de que la película estuviera en versión ori-

ginal china (los subtítulos en japonés no me sirvieron de mucho) probablemente facilitó la grata impresión que me produjo... Del mismo modo que la mayoría de los musicales ganan bastante si no se entiende la letra de las canciones.

En cuanto al carácter evasivo del eastern, hay que tener en cuenta —siguiendo con el paralelismo— que la visión del amor y el éxito implícita en la mayoría de los musicales es mucho más alienante que los esquemas éticos habitualmente propuestos por las cintas de karatekas.

El móvil del héroe del eastern suele ser la defensa o la venganza de sus allegados, sin referencias importantes a la ley y el orden oficiales (casi siempre vigentes en el western, por el contrario), y aunque indudablemente los esquemas del eastern son simplistas y maniqueos, con respecto a otros géneros de masas presenta la ventaja de no llevar a cabo una defensa implícita del establishment.

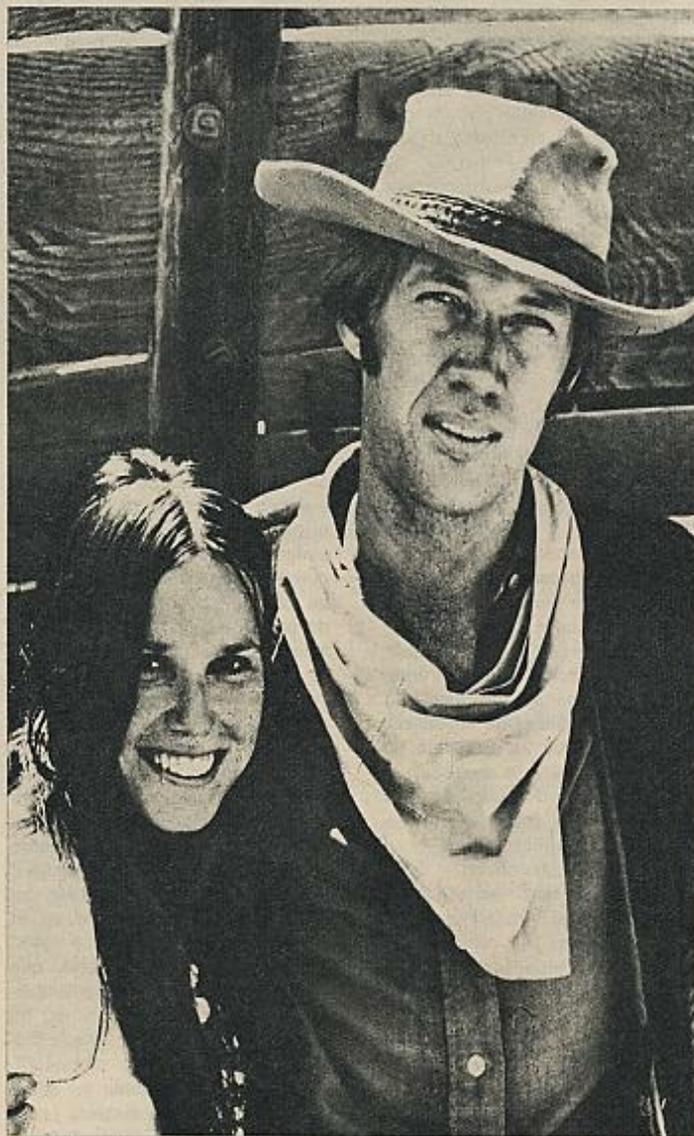
La ejemplaridad del eastern casi nunca es de índole ideológica. Por el contrario, la solapada ejemplaridad del musical o el western suele remitir a la moral burguesa y a la ideología consumista del éxito y la competencia... dentro de un orden.

Y pasemos a la acusación más generalizada en contra del eastern: su presunta exorbitación de la violencia.

Es indudable que este tipo de films explota la agresividad reprimida del público, como casi todo el cine de masas. Pero el hecho de que en una cinta de karatekas haya más peleas que en un western o en una de agentes secretos no significa que implique un mayor fomento de la violencia. Este criterio cuantitativo —muy difundido— es tan pueril como medir la prociadidad por los centímetros cuadrados de epidermis al descubierto.

Aparte de algún gag truculento (sacada de ojos, brazo arrancado de cuajo, etc.), hay al menos un sentido en el que la violencia de los easterns no suele ser gratuita: el estético. Y en función de su componente estético, de la belleza calisténica de sus combates, su exaltación de la violencia queda deportivizada, atenuada por un cierto matiz catártico. Por no hablar de la distanciadora autoironía (casi nunca deliberada) o la deliciosa ingenuidad de muchas situaciones.

Por tanto, y sin negar el indudable papel que la gratificación de la agresividad y del espíritu agonístico juega en la determinación del éxito del eastern, opino que este género es menos negativo que los westerns o las cintas de agentes, por no hablar de las sádico-terroríficas.



«Kung-Fu» da al tema un tratamiento propio del «Reader's Digest». En la foto, David Carradine, protagonista de la serie.

Aun admitiendo, pues, la escasa calidad cinematográfica, la indole evasiva y la deliberada carga de agresividad del *eastern*, en el actual panorama de la cultura de masas puede considerarse como un mal menor.

Cabe, entonces, preguntarse por qué la crítica, incluso la presuntamente progre, suele mostrarse indulgente con el musical y despiadada con el *eastern*, a pesar de su paralelismo (paralelismo en el que he dejado de señalar, por no venir al caso, algunos aspectos interesantes, como la relación de ambos géneros con el cuento de hadas y el «day dreaming»).

Probablemente, la causa de esta discriminación se debe a la vez a un problema de sensibilización e insensibilización cultural:

Por una parte, el espectador occidental medianamente culto (se supone, aunque a menudo sea mucho suponer, que el crítico lo es) está mucho más capacitado para juzgar y fruir la música ligera y la danza que las artes marciales. Lo cual, huelga decirlo, no significa que una manifestación sea estéticamente más válida que la otra. Bruce Lee no era peor actor que Gene Kelly, y, como maestro y renovador del arte de la lucha, sería más adecuado compararlo a un Nureyev.

Por otra parte, estamos tan inmersos en nuestra demencial música ligera, tan acostumbrados a oír sus reiterativas sandeces, que sólo con un esfuerzo de conciencia podemos darnos cuenta de su clara función deseudoliberación sublimada de la represión sexual. Y esta insensibilización nos impide captar la índole alienante del musical con la misma claridad que captamos la del *eastern*.

Para muchos orientales, sin embargo, la machacona exaltación del subamoro fonoveler del noventa por ciento de nuestras canciones resulta desconcertante (y, es de temer, vomitiva). Nuestra música ligera es un admirable ejemplo de concepción modular, ya que su aborrecible literatura consta de un mínimo de elementos acoplables e intercambiables hasta el infinito (que para colmo riman: amor/calor/flor/favor, corazón/canción/perdón/pasión, ella/bella/estrella...). Y si las canciones son las jaculatorias del Eros burgués, los números de baile son sus danzas rituales.

Alguien podría objetar que en este aspecto la comparación del musical con el *eastern* no es válida, ya que en el primero tiene lugar una sublimación artística de la sexualidad, mientras que en el segundo la violencia es expresada abiertamente, por lo que sería más correcto decir que el *eastern* es a la agresividad reprimida lo que la pornografía a la represión sexual.

Como réplica a esta hipotética objeción, hay que insistir en la indudable belleza artística de las técnicas de lucha orientales.



El éxito de «Kung-Fu» es atribuible en gran medida a la «fusión de contrarios» operada en la figura del protagonista, que conjuga su pacifismo gandhiano y su amor al prójimo con un eficaz y recurrente ejercicio de la violencia.

¿Y los brazos arrancados de cuajo y las extracciones de ojos?

De acuerdo, pero, ¿es que acaso el musical no utiliza el ambiguo recurso de lo «sexy» como estimulante aderezo de tanta sublimación?

No: el equivalente de la pornografía en lo que respecta a la agresividad reprimida hay que buscarlo, en todo caso, en el trululento terror sadomasoquista, de cuyo auge harían mejor ocuparse quienes tanto se ensañan con el *eastern*.

A otro nivel, tenemos la serie televisiva «Kung-Fu», sobre la que la prensa nacional ha venido publicando todo tipo de tonterías, y que ocupa el primer lugar en las listas de preferencias del público.

El éxito de «Kung-Fu» es atribuible en gran medida a la «fusión de contrarios» operada en la figura del protagonista, que conjuga su pacifismo gandhiano y su amor al prójimo con un eficaz y recurrente ejercicio de la violencia.

En una sociedad que hace malabarismos para intentar conciliar la moral cristiana y el ansia de paz con la explotación y la competitividad a todos los niveles, el ambivalente símbolo de Caine ha de resultar forzosamente atractivo.

Pero la serie «Kung-Fu», junto a algunos elementos válidos, presenta un aspecto básicamente negativo (una vez más, el favor del público —del que escribe expresando sus preferencias— constituye un fiable síntoma de mediocridad): su trivialización de contenidos, unida —y esto es lo más grave— a su ostensible ejemplaridad.

«Kung-Fu» da al tema un tratamiento propio del «Reader's Digest»: los elementos más anecdóticos y pintorescos del método Shao Lin, arropados con ambigüas máximas poético-filosóficas, son ofrecidos al espectador como bálsamo exótico para aliviar la comezón de la mala conciencia. Y, además de superficial, la visión que «Kung-Fu» ofrece del pensamiento Shao Lin dista mucho de ser coherente, atribuyéndole a menudo un fatalismo naturalista muy próximo al determinismo laplaciano y una pasividad sospechosamente parecida a lo que se ha dado en llamar resignación cristiana.

La realidad es bien distinta. Se cuenta que el método Shao Lin, del que deriva el Kung-Fu (o «arte de alcanzar la perfección mediante la lucha»), fue fundado por un budista hindú emigrado a China en el siglo V antes de Cristo. Independientemente de la probable legendariedad de este remoto origen, lo cierto es que el primitivo Kung-Fu (el que se practica actualmente a nivel deportivo y cinematográfico debería llamarse más bien karate chino) se basaba en el Yoga dinámico y en el Zen, disciplinas muy mal conocidas en Occidente y a menudo interpretadas erróneamente como manifestaciones de un fatalismo mecanicista. Por el contrario, el Yoga y el Zen son métodos sutilmente dialécticos, firmemente asentados en la interrelación teoría-praxis: la identidad dialéctica entre fenómeno y esencia, imagen y objeto, forma y contenido, así como la relación entre pensamiento y ser, alcanzan expresiones refinadísimas en estos sistemas, que, en contra de lo que se cree, son básicamente antidogmáticos, a pesar de sus mixtificaciones devocionales (¿acaso no las tiene también el marxismo?).

Pero las confusas disquisiciones filosóficas y las discutibles actitudes de Caine no serían demasiado graves si no fuera por su flagrantemente ejemplaridad:

En el *spaghetti-eastern* la pretensión de verosimilitud es mínima (de ahí que los protagonistas salten tapias de cinco metros de altura y derriben paredes a puñetazos sin el menor pudor), y la ejemplaridad no suele exceder el discreto marco de la fidelidad a los amigos. La serie «Kung-Fu», por el contrario, pretende ser real como la vida misma y mostrarnos las entretelas del alma humana, y es evidente que Caine es propuesto como modelo... Casi me atrevería a decir que es el más modélico de los actuales mitos de la cultura de masas.

Y, aun admitiendo que Carradine supone una notable mejora sobre John Wayne, dudo que lo que «Kung-Fu» pueda tener de positivo compense su equívoca riderdigestación del Zen, su recurrente invitación al inmovilismo y la resignación, esa resignación que siempre ha sido la gran aliada de la injusticia. ■